

La peluca de Franklin

María José Codes



Filadelfia, 1776. Un bergantín de doble mástil, el *Reprisal*, parte discretamente camino de Nantes. A bordo, Benjamin Franklin con una misión diplomática secreta: obtener la ayuda de Francia y España para las colonias rebeldes americanas. Aquel gesto de Franklin de arrojar su peluca al océano fue algo bien diferente de lo que la historia ha transformado en un acto simbólico.



Madrid, 2014. Vilán recibe varias y sorprendentes ofertas por su casa, pero no está dispuesto a marcharse debido a la atracción que siente por su vecina Floria, a la que observa de forma clandestina, y a la extraña relación que mantiene con Malvaré, a quien escribe la historia de su antepasado Jaime Gardoqui, espía de Franklin durante su viaje a Europa. Dos relatos magistralmente trenzados, sobre la pasividad culpable del ser humano y su aislamiento actual.

El apasionante viaje secreto de Benjamin Franklin a España y Francia, explorado desde una historia actual sobre los dilemas morales.

La autora: María José Codes



Escritora y fotógrafa, es licenciada en Historia del Arte y titulada máster en Fotografía y en Escritura Creativa, materia sobre la que actualmente imparte clases en la Escuela de Escritores y en Hotel Kafka, en Madrid. Ha publicado las novelas *Control remoto* (Premio Río Manzanares, 2008) y *La azotea* (Premio Cáceres de Novela Corta, 2009), además de ser finalista de los premios de novela Tusquets (2010) y Nadal (2014).

Sus relatos han aparecido en varias antologías (entre ellas, *Parábola de los talentos*, 2007) y ha merecido el Premio del Club del Libro en Español de las Naciones Unidas (Ginebra) en narrativa breve (2006). Ha publicado también el ensayo *Intriga y suspense. El gancho invisible* (2013). Colabora con el Instituto Cervantes de Madrid y en varios medios culturales y revistas literarias.

¿Por qué habríamos de creernos todos los mitos, Malvaré? Lo de aquel gesto con la peluca de Benjamin fue algo bien diferente a lo que la historia ha transformado en un acto simbólico, el indicio de la nueva y rebelde actitud de los separatistas americanos.

Situémonos: 26 de octubre de 1776. Alta mar. El Reprisal, un bergantín de doble mástil, cien pies de longitud, armado con dieciséis cañones y una tripulación de ciento treinta hombres, abandona silenciosamente Filadelfia camino de Nantes. A bordo, un hombre con una misión diplomática secreta: obtener la ayuda de Francia y España para las colonias rebeldes americanas. Una misión delicada contra un país tan venerado como odiado, Inglaterra. Un viaje que podría durar desde varias semanas hasta una eternidad por el Atlántico, si tenemos en cuenta que el barco podía ser apresado por cualquier navío británico o resultar hundido por las tormentas del otoño. ¿Qué anciano personaje notable habría de afrontar el riesgo de un viaje así? La respuesta es simple: solo un héroe lo haría, ¿no crees? Un hombre con el arrojo necesario para confiar en el éxito de su empresa. Y, sin embargo, nuestro Franklin, llamémoslo Ben como sus amigos, al aceptar su misión quiso despojarse de toda ceremonia, de todo rango, de todo orgullo. Así dice Jaime Gardoqui que contestó al ruego del Presidente del Congreso Continental, Hancock:

«Soy viejo y ya no sirvo para nada. Pero os diré, como los tenderos de los saldos, que podéis disponer de mí al precio que queráis.»

«Al precio que queráis», eso dijo. ¿Acaso un hombre puede venderse tan barato sin razón alguna, por el simple hecho de ser viejo? Hubiese sido fácil suponer que no, pero nadie prestó la atención necesaria a sus palabras. «El precio que queráis.» ¿No era esa la voz de un desahuciado?

Así debió de embarcar Ben, aún con su peluca (lo creas o no, las cosas giran alrededor de la famosa peluca de la que se deshizo), en el Reprisal. Embarcó Ben con los hombros cargados por el peso de los años y la falta de un precio exacto para su dignidad. ¿Te parecen irreverentes mis afirmaciones? Tengo mis motivos, créeme.

Embarcó, digo, en aquel sloop ligero con apenas dos baúles —que subieron los porteadores— del tamaño que hubiese elegido una dama para sus tocados. Pero también estaba el cofre.

«Llueve», dice Jaime Gardoqui en su diario. «Ben no se separa de esa pequeña caja desde que puso pie en cubierta. El capitán Wickes en persona lo recibió y trató de ser cortés ofreciéndole su propia ayuda para llevarle el equipaje de mano a su camarote.»

«Se lo agradezco, capitán, pero aquí va mi vida.»

Esperaba que Jaime hiciese algún comentario en sus notas sobre este hecho, alguna acotación semejante a: «Respondió él, dando por sentado que su argumento excluía toda posibilidad de que otras manos soportasen tal carga». Pero no lo hacía, al menos por el momento. Deduje que tal vez él sí supiese lo que contenía aquel

cofre, estaba equivocado. Más tarde me acostumbré al estilo lacónico e inexpresivo de Jaime Gardoqui, a su manera concisa de recoger los sucesos sin cargarlos de enjuiciamientos. No era un profesional, ni siquiera un cronista, era un mero testigo, una cámara, un registrador. Se limitaba a computar acciones. Sus notas abigarradas sin duda obedecieron a su falta de previsión al no llevar suficiente papel a bordo.

Hablamos, claro, de Benjamin Franklin, el del pararrayos. Aquel que sustituyó el hilo de una cometa por un cable para convertirlo en una toma de tierra en su famosa demostración de la teoría de las puntas y su atracción de la electricidad contenida en las tormentas. Interesante descubrimiento, sí. Durante muchos meses después, algunas de las damas más liberales llevaron colgando de sus sombrillas una cadena que arrastraba por el suelo. Aquello tuvo que ser realmente insólito. Una sombrilla de encajes atada a una cadena, como una vulgar mascota, emitiendo el mismo ruido penoso de los grilletes de un recluso entre los delicados pies de aquellas damas. ¿Lo imaginas? Ellas lo adoraban.

En aquella época ciertas mujeres comenzaban a sobrepasar los límites más lejanos de la extravagancia, para situarse al borde mismo de la trasgresión de los buenos modales. Las mujeres fueron sin duda las que marcaron gran parte de los actos de Benjamin Franklin. No digo que ellas determinasen sus investigaciones o sus iniciativas públicas o profesionales, pero sí favorecieron sus relaciones políticas, fueron la causa de sus muchos viajes a Europa y ¡cómo no! del famoso incidente de la peluca arrojada desde la borda en medio del océano.

La imagino. Fue casi al final de la travesía, frente a la costa de Quiberon. Puedo ver esa peluca gris de bucles ligeros, algo ajada por el uso, flotando en un mar agitado y burbujeante como una marmita. Era una peluca reciamente británica, con las hileras de implantes algo distanciadas para la moda, si la comparamos con los apretados parterres pilosos que sostenían con estoicismo las cabezas pensantes francesas. El pelo postizo de Ben quedó balanceándose entre las picudas crestas de aquel mar que parecía acogerlo con repugnancia. Ese apéndice ralo, sujeto a una bóveda craneal textil enfoscada de pieles muertas, sudor seco y parásitos, procedentes de la cabeza ya añosa de su portador, cobró el protagonismo de un gesto heroico. El «hombre nuevo» venía a Europa.

Nadie mencionó nunca la carta que acababa de leer, porque las olas la apartaron de inmediato de aquel pingajo, como las puntas de unos dedos escrupulosos: la carta por un lado, el pelo muerto por otro.

Ya lo creo que fue distinto, Malvaré. Y no quisiera perjudicar con mis palabras la reputación de Benjamin, al contrario, creo que aquel sujeto merece un respeto aún mayor del que le asigna la historia. Pero igual que las antiguas narraciones se van transformando según quien las cuenta, como filtradas por diferentes polarizadores que enriquecen o disminuyen la luminosidad de cada versión; del mismo modo, digo, la historia mistifica todo y hace encajar las anécdotas de sus personajes al servicio de la ilustración de ciertos sucesos que desea establecer como categóricos. Lo que quiero decir es que Ben se quitó aquella peluca por otros motivos

que no guardaban relación alguna con las nuevas ideas pragmáticas ni con la diferencia entre la moda americana y la francesa.

Vilán se levanta del escritorio para hacer un descanso. En la sala, toma asiento en el taburete y acopla el ojo al telescopio instalado frente al enorme ventanal, que ahora imagina como el de la toldilla de popa del *Reprisal*. Le gusta mirar de vez en cuando por si Floria vuelve de improviso. Relaja la espalda y echa un vistazo a las casas adyacentes, casi idénticas, aparentemente vacías ahora. Un horizonte ordenado bajo los hongos disformes desde los que llueve sucio, el peor otoño que recuerda en años. Es como si desde la ciudad centrifugasen el plato de nube tóxica para soltar las excrecencias en la periferia. Sin embargo, ¿qué necesidad tiene de mudarse por mucho dinero que le ofrezcan?, ¿a dónde iría? La suya es para él como la casa de un caracol, siente un vínculo casi físico con ella y salir de allí acabaría por herirle. Por un momento se imagina a sí mismo con la espalda desollada y sangrante tras haberle sido arrancada su concha. Su ocurrencia le hace reír, lo dramático siempre le produce risa, es algo que poca gente entiende. Piensa que la tragedia está sobrevalorada.

Es la tercera oferta que recibe en dos meses. Las anteriores provenían de un grupo de abogados, Costello & Beker, en Mount Laurel, Nueva Jersey. La primera era una carta formal en la que se expresaba el interés de un grupo empresarial del sector químico por adquirir terrenos en esa zona. Le ofrecían un millón de dólares por la casa y le proponían cerrar la operación en Madrid lo

antes posible. La segunda era un *reminder* —palabra que encabezaba la carta, escrita en inglés como la anterior—, en vista de que no había respondido ni por teléfono ni por escrito.

En la de hoy figura un apartado de correos en Madrid. En un español impecable expresa su deseo de negociar el valor de la casa y la parcela con sus abogados en Madrid: Huston y Labal. Incluye un correo electrónico, un número de móvil y el ruego de responder a la oferta de partida, que convertida en euros se ha incrementado a un millón y medio, lo antes posible.

Ahí está su coche blanco. Llega temprano de la escuela, aún no son las ocho. Vilán deja de pensar en la oferta inmobiliaria y se concentra en los movimientos de Floria. La luz cenital del vestíbulo ilumina parcialmente un recodo de la sala. Ella está dentro y enseguida subirá a la segunda planta.

Se instaló con una oleada de nuevos profesores en septiembre, hace ya tres años. Su asignatura era la de Arte clásico contemporáneo, le dijo ella la primera vez que coincidieron en la verja de separación de las parcelas. Lo recuerda bien porque aquello de «clásicocontemporáneo» le sonó a contrasentido y estuvo a punto de soltar la carcajada. Vilán la escuchaba en el rincón sombreado bajo el arce donde había decidido plantar otra camelia, en la seguridad de que esta vez florecería, por fin, a diferencia de sus dos predecesoras plantadas por error con la orientación equivocada. «Espero que nos veamos a menudo», le dijo Floria. Entonces le pareció algo mayor con esas arruguitas alrededor de los ojos. Sufría algún defecto ocular, notó el ligero desplazamiento de las lentillas en sus pupi-

las verdes. Cuando sonreía mostraba entre sus labios pálidos una dentadura reconstruida de piezas de porcelana, en cada una de las cuales asomaba un ligero anillo oscuro junto a la encía. Pero los mismos detalles que antes le habían parecido indiscretamente reveladores de su edad, con el tiempo, se le antojaban casi morbosos y había empezado a pensar en ellos con excitación.

Como todos los días, sube al dormitorio y enciende la lamparita roja antes de desnudarse. Cuelga el traje en la percha y deja la blusa a los pies de la cama. Se quita las medias y las abandona en el suelo. Entra al cuarto de baño, abre el grifo de la bañera, se recoge el pelo frente al espejo. Vuelve a la habitación para ponerse la bata colgada detrás de la puerta y desaparece en dirección a las escaleras.

Floria es una mujer de costumbres. Solo puede verla cuando se encuentra abajo, en el salón, o arriba, en la habitación o el baño. La cocina, el aseo y el porche están en el lado opuesto de la casa. Hasta que el baño esté listo aparecerá y desaparecerá de su ángulo de visión.

Vilán retira el ojo del telescopio. Vuelve a pensar en Huston y Labal. Aunque la casa esté a su nombre y tenga capacidad legal para venderla, sin contar con sus padres, se siente como un niño ante este tipo de decisiones. Además, la idea de mudarse a otro lugar le resulta casi inconcebible después de haber pasado allí toda su vida.

A juzgar por los numerosos chalés vacíos en los alrededores, no debe de ser el único a quien están haciendo ofertas millonarias. Se alegra de que Floria siga ahí enfrente. Si Floria soporta el aislamiento ¿por qué no iba a soportarlo él? Cada vez le cuesta más trabajo salir de casa, en

parte porque su fatiga crónica le convirtió en un sociópata precoz y también porque sufre un problema creciente de agorafobia. Pero hay pocas cosas que no pueda conseguir por la red y se comunica a menudo con otras personas, con Delclaux, con Malvaré, con Miriam... Tendrá que acostumbrarse, eso sí, a hacer la limpieza una vez por semana, ya que la señora que se ocupaba de ello ha fallecido.

Floria reaparece en el cuarto de baño. La bañera está justo bajo la ventana pero el cristal semiopaco le permite vislumbrar su figura durante los instantes que permanece de pie antes de sumergirse. En ese brevísimo tiempo logra distinguir el triángulo oscuro entre sus piernas, exquisito como un Manhattan, y dos menudas guindas a la altura de sus pechos. No tardará, no es de las que se quedan horas en el agua, no vale la pena levantarse.

La lluvia ha cesado por completo, ya no le extrañan estos bruscos cambios meteorológicos. Cuando sus padres, con los que mantiene contacto regular, compraron aquel pedazo de tierra, estaban seguros de que tardarían en edificar por los alrededores, debido a las grandes superficies de cultivos transgénicos que se hallaban solo a un par de kilómetros. Una ancha franja de terrenos áridos permaneció cubierta de ortigas y malas hierbas alrededor de la casa, hasta que aquella promotora decidió construir las miniviviendas unifamiliares clónicas con sus pequeños jardines llanos y diáfanos.

Algunas encinas añosas desaparecieron, de la noche a la mañana, sin dejar rastro y sin que nadie reclamase por ello. ¿A quién se le ocurriría la genial idea de construir casas de dos plantas con tan solo una habitación? Contra todo pronóstico el proyecto fue un éxito. Aquellas casitas

de muñecas se vendieron como pan caliente a parejas mayores y profesores, solteros o divorciados, del colegio junto al centro comercial, en las afueras del pueblo. Quizá fuese esa la razón de que durasen poco tiempo habitadas: los solteros se casaban y los viejos se morían.

El baño ha terminado. Floria se envuelve en la toalla y se coloca el turbante en la cabeza. Ahora es cuando suele hacerlo, las piernas abiertas frente al armario de los espejos. Vilán la observa expectante. Ella vuelve al dormitorio, pero en lugar de abrir el armario y tomar la escultura del estante intermedio, de entre las dos pilas de suéteres, se pone la bata de nuevo y sale del dormitorio. Decepcionante. Segundos después se ilumina la sala, Floria se sienta en el sofá y enciende la televisión. Fin. Tendrá que arreglárselas solo.

Vilán regresa a su escritorio para seguir trabajando, debe hacer el envío a Malvaré.

Toma el sobre de Huston y Labal que había apartado y lee de nuevo la carta. Se trata de bastante dinero. ¿Debería escribir a Max y a Myrna para consultarles? —Vilán siempre llama a sus padres por sus nombres—. El dinero no ha sido nunca un problema para él, quizá por eso ahora tampoco sea una tentación. Le daría igual que esos abogados de Nueva Jersey o de Madrid le ofreciesen el doble o el triple. Guarda el sobre en el cajón. Si recibe alguna oferta más llamará para decir que no está interesado en vender.

Te pido que me disculpes por el desorden narrativo, pero nunca hasta ahora he tenido deseos ni intención de hablar con nadie respecto a esto. Si lo hago es a causa de tu sugerencia, que acepto con gusto.

Permite que siga ahora con el Reprisal.

¿Cómo no iba a suscitar suspicacias entre la tripulación ese cofre del que Ben no quería separarse?

¡Todos aquellos hombres de mar, recién regresados de La Martinica, sin un mal botín que repartirse! Atrás quedaban los tiempos de comerciar en los puertos de las Indias Occidentales. Ahora, el antiguo mercante Molly —en cuyo seno de matrona se había negociado desde el precio del tabaco hasta el del añil, pasando por el del arroz o el del azúcar para producir ron— había sido rebautizado como Reprisal —Represalia—, un nombre valiente, la respuesta indignada ante el abuso británico en las colonias americanas. Su primera misión, allá por marzo de 1776, recién estrenada su alma rebelde, había sido el de almacenar munición para el ejército de George Washington. El barco había vuelto cargado de pólvora hasta la bandera, porque ahora sus tripulantes eran patriotas al servicio de un pueblo que empezaba a hablar de independencia, dejando atrás cualquier otro intento de ser considerados británicos de pleno derecho y representación, lo que parecía inútil. Para el rey Jorge III, las trece colonias y sus habitantes no eran sino la reserva financiera de Inglaterra. Así que la nueva causa de la independencia era muy loable y justa.

Volviendo a Franklin, para algunos miembros de la tripulación, enrolados en otros tiempos en busca de riqueza, la pólvora debía de resultar ya un cargamento poco sugestivo, por lo que aquel baúl de mano de Mr. Franklin, esa valija ligera que no oía a azufre y que contenía nada menos que «la vida de su dueño», según sus propias palabras, era toda una tentación. ¿Qué otra

cosa sino la propia fortuna vale lo que una vida?, debieron de suponer algunos.

Vilán mira de reojo la pantalla y borra la última pregunta para reescribir:

¿Y qué podría significar «la vida» de su dueño sino la riqueza acumulada, año tras año, por un científico, impresor y político de reputación universal? Porque de todos era sabido que Mr. Franklin —la tripulación nunca lo llamó Ben, como Jaime o como Eternity, de la que aún no te he hablado, o como la propia Cristina a quien tampoco conoces— había conseguido reunir a su edad un notable patrimonio en tierras y dinero, buen dinero artesano «hecho en casa». Sí, billetes impresos por él mismo en su taller, por encargo del gobierno británico. Riqueza acumulada a costa de no rebasar los límites de una vida austera y virtuosa, nada de bebidas o de juego en la cantina, como algunos de sus amigos que habían acabado perdiéndolo todo.

Y ahora, recién enviudado y en viaje a Europa ¿acaso no llevaría toda su fortuna para vivir sus últimos años en Francia con aquella joven de manos discretamente enlazadas sobre el vestido, que lo seguía obediente, a la que nadie a bordo había conseguido ver el rostro porque caminaba envuelta en su capa de terciopelo negro, con la cabeza gacha como un penitente condenado a escudriñar la tablazón húmeda de cubierta?

El propio Jaime parecía sentirse intimidado con la huidiza presencia femenina que, por otra parte, buscaba.

«Eternity me esquivó», dice Jaime en su diario, la primera noche, y más tarde lo repetirá una y otra vez en sus escritos.

El Reprisal abandona la costa americana aquella noche fría de fines de octubre, con una mar gruesa de fondo, bajo un cielo compacto apenas clareado por un coágulo de hielo tras las nubes. Y mientras los hombres sueltan amarras y el capitán Wickes dirige la maniobra, Ben, Jaime y Eternity permanecen de pie bajo la toldilla de popa, largando hilo a sus miradas y viendo empequeñecer las arboladuras de los barcos anclados en el muelle, hasta que adquieren el tamaño de una marina de salón burgués. Y después, cuando el agua parece haberse tragado lo que quedaba de tierra, Ben, con su cofre bajo el brazo, toma la mano menuda de Eternity y besa sus dedos levemente antes de dirigirse con ella a los camarotes, tras el primer oficial, Langdon.

En apenas un mes de tormentas, dentro de ese bergantín convivieron decenas de personas que no dejaron recuerdo ni rastro ninguno, tristemente. Pero a mí me interesan esas personas, Malvaré. Y si tienes paciencia, te contaré algunos secretos de las mujeres de Nueva Jersey y te hablaré del descubrimiento de un río subacuático en el océano, capaz de hacer navegar hacia atrás a una nave de más de trescientas toneladas, con todo el velamen desplegado.

Pese a sus estudios, nunca antes se había sentido un verdadero historiador. En realidad nunca se ha sentido nada, es como si aún fuese un adolescente, no consigue verse como el adulto que es. Sin embargo, la empresa que

tiene entre manos le estimula. Floria en la casa de enfrente y Malvaré, a distancia, son todo lo que necesita, ellas llenan su vida. También la soledad le parece sobrevalorada, hay maneras de gestionarla, no le van los mitos, eso le pareció un buen comienzo como declaración de principios: *¿Por qué habríamos de creernos todos los mitos, Malvaré?*

Escribirse con la gente siempre le ha resultado aburrido. Los temas se agotan y se siente ridículo sin saber qué decir. Pero esta vez es distinto. Malvaré le pidió algo tan sencillo como leer los documentos antiguos de la familia y encontrar la relación con la Malvaré pianista que ella adora tanto. Ha sido estimulante levantarse estos últimos días con la ilusión de abordar el proyecto en algún momento, aunque no acababa de decidirse. Hoy por fin lo ha hecho, si bien es cierto que han sido las circunstancias las que le han impulsado a ello.

Vilán envía el mensaje y se levanta de su asiento ergonómico. Con las manos en los riñones arquea la espalda hacia atrás para desentumecer los músculos. Sale de su cuarto y entra en el antiguo dormitorio de sus padres para contemplar durante unos minutos la muñeca del piano sobre la cómoda. Impasible y bella Malvaré.

Se siente cansado y satisfecho al tiempo, como si acabase de experimentar un placer exquisitamente doloroso. Escribir para otra persona, para una sola, le produce una exaltación que jamás había experimentado. Está dispuesto a todo para que Malvaré no pierda el interés, aunque algo le dice que eso no ocurrirá.